

## CAPITULO XI.

*En que se trata de otros actos prudentiales que Fr. Bartolomé usó en varias ocasiones, muy esenciales al logro de la conquista de éste reino.*

Mucho importa la prudencia en las disposiciones, para conseguir los aciertos que se desean, y quien ocupa todos los sentidos en el valor para la batalla, no puede todas veces advertir los medios prudentiales que necesita; y así ha menester personas de consejo y prudencia que les adviertan. Sólo Dios que es la suma sabiduría pudo tener inmensidad para todo cuanto crió al hombre dijo Tertuliano, *recogita totum Deum occupatum, mano, opere et consilio*, que no se dan fácilmente las manos las obras y los consejos, sino es en la inmensa sabiduría y om-

nipotencia de Dios; pero en los hombres, unas veces se pierden los negocios de las manos, porque les faltó el consejo y otras veces se pierden los aciertos por los desacertados consejos.

Ocupàbase de todo Cortés en los arrojos de su valor, y àun sus valerosos capitanes le seguian en estos, como le imitaban en el valor, y como los impulsos de sus espíritus, solo atendian al glorioso fin de sus hazañas no miraban algunas veces los medios, que debia advertir la prudencia. Pero tenian al Aaron discreto que les advirtiese lo que convenia para las buenas disposiciones de los negocios, este era el venerable Padre Fr. Bartolomé de Olmedo, que en todas las ocasiones que se ofrecian acudió con su maduro consejo para el acierto; ¡cuántas veces se hubiera errado el negocio tan grave como el de la conquista de esta Nueva España, si no hubiera intervenido la prudencia de Fr. Bartolomé! ¡cuántas enemistades deshizo entre los mismos españoles reconciliándolos en verdadera amistad y apacible hermandad, para que se consiguiese el fin principal de la conquista y se introdujese en esta tierra nuestra santa fé católica! ¡cuántos avisos dió à Cortés y à sus capitanes, en que consistió el buen suceso de esta victoria! Véase el modo con que obró en el capítulo pasado para

que se atajasen los intentos de Narvaez, porqueno se perdiese, lo que tan mañosamente se habia negociado en la reduccion de los indios, pues es cierto que si no hubiera intervenido la prudente disposicion de Fr. Bartolomé, no se hubiera desbaratado el ejército de Narvaez, antes sí prevaleciera, como mucho mayor y más fortificado al de Cortés, que era muy corto, y estaba ya muy flaco, y prevaleciendo, no sabemos el suceso que hubiera habido, y otras muchas consecuencias que se hubieran seguido muy contrarias al buen negocio, que de lo hecho se consiguió.

Grandes fueron los efectos que en otras ocasiones consiguió la prudencia y buen consejo de Fr. Bartolomé; habiendo llegado el ejército de Cortés en sus principios al pueblo de Cocotlan, que por otro nombre llamaron Castilblanco, pueblo ya de la jurisdiccion de México, quizo Cortés poner una cruz en él, siendo así que pasaban adelante, y luego que Fr. Bartolomé lo entendió, le replicó, diciendo, que allí no quedaba segura la Santa Cruz, porque aquellos indios eran malos y la ultrajarian, que primero era reducirlos y engendrarles algun género de respeto á la Santa Cruz y á los santos, y luego ponerla; con que se redujo Cortés y se guardó para otra ocasion el ponerla; y es cierto que el religioso celo.

so de la honra de Dios, miró por sus imágenes, por que en aquella ausencia que habian de hacer corria mucho peligro la Santa Cruz en los desacatos atrevidos de los indios.

Tambien importó mucho el consejo que Fr. Bartolomé dió á Cortés, cuando le ofrecieron el cacique Xicotenga en Tlaxcala y el Massescatzi, sus hijas, que les previno no las recibiesen hasta que prometiesen no sacrificar los ídolos; que aunque por entónces no se consiguió por las razones que ellos dieron, segun se refirió en el capítulo quinto que trata de este suceso; pero es cierto que importó mucho para que los indios se persuadiesen á que los españoles no cuidaban de negocios temporales, sino solamente del negocio principal de la introduccion de nuestra santa fé católica, y de la abominacion de sus idolatrías, y abolicion de sus vanas supersticiones, como despues se consiguió este fin, bautizando al dicho Xicotenga, y á las dichas indias principales, como quedó dicho en dicho capítulo quinto.

Lo mismo aconsejó Fr. Bartolomé á Cortés en Cholula persuadiéndole, á que no violentase á los caciques de aquellos reinos para que luego al punto destruyesen sus ídolos, sino que diese tiempo para que poco á poco, se les fuese intro-

duciendo nuestra Santa fé católica, y la fuesen abrazando con afecto, porque esta accion no pedía que fuese por fuerza y violencia, sino muy de voluntad con cuyo consejo se hacia como Fr Bartolomé lo disponia, por que así Cortés como los demás capitanes le tenian tanta veneracion que luego al instante le obedecian en los puntos que miraban al fin espiritual de la conquista de las almas.

No ménos procedió con prudencia cristiana y mañosa Fr. Bartolome cuando estando preso el gran Montezuma por Cortés en su mismo palacio; (como se verá en el capítulo siguiente) por cuya prision se enfurecieron los indios y querian matar á todos los españoles, teniéndolos sitiados de suerte que no se podian defender, le pidió Cortés á Fr. Bartolomé que se entrase al aposento de Montezuma y lo persuadiese con discrecion á que se asomase á un balcon y apaciguase á los indios, que tan fiera guerra nos daban; y aun siendo una accion tan árdua, pues era contra el mismo Montezuma, lo hubo de reducir á que lo hiciese, con maña y sagacidad, aunque 'e costó muy caro al miserable Montezuma como se verá despues.

Otros muchos actos de prudencia y celo santo obró en todas ocasiones Fr. Bartolomé, que

fueron muy importantes al servicio de ámbas Magestades, y á la consecucion de la conquista; pues aun entre los mismos españoles era el medianero de la paz para componer las disenciones que solian tener y hacerlos amigos, accion muy importante para los buenos sucesos, porque siendo pocos como eran y dividirse con enemistades era perderse todos, y hacerse guerra unos españoles á otros, era quebrar las fuerzas, para la guerra que tenian tan fiera con los indios; y conociendo ésto el buen religioso, siempre procuraba componerlos con discrecion y prudencia; como se vió en la provincia de Pánuco, donde primeramente apaciguó á los indios que daban fuerte guerra á los españoles, y por las persuaciones apacibles de Fr. Bartolomé, se dieron luego de paz todos los pueblos. Despues habiendo llegado á ésta dicha provincia de Pánuco Francisco de Garay, con una armada contra Cortés, sobre que estaba ya alborotada toda aquella tierra, fué enviado de Cortés Fr. Bartolomé con otros capitanes, á reconocer la venida del dicho Garay, y tuvo tan discreto modo que lo pacificó, y redujo á Francisco de Garay á amistades con Cortés, sin que llegasen á batalla, ni á derramamiento de sangre sino con tanta cordura que los hizo amigos, y para afirmar esta

amistad, trató luego casamiento de un hijo de Garay, con hija de Cortés, que se llamaba Doña Catalina Cortés y Pizarro y quedando amigos, le dió despues una enfermedad á Garay, y le asistió con toda fineza Fr. Bartolomé, reduciéndolo á una buena confesion que hizo con él, y murió en sus manos como buen cristiano; con que se verá el celo santo y prudencia con que este verdadero religiosa acudía á todas las cosas para que tuviesen el acierto que convenía.

CAPITULO XII.

*En que se trata de la prision y muerte de Montezuma, y de lo que en ella obró Fr. Bartolomé.*

En el capítulo 118 de la historia de Bernal Díaz del Castillo, se refiere que habiendo vuelto Fernando Cortés, con su ejército ya copioso, por la presa que habian hecho de la armada de Panfilo de Narvaez, se ensoberbeció más de lo que debiera, y empezó á hacer prodigalidades con los soldados de Panfilo de Narvaez, dejando sin premio y sin paga á muchos de los suyos que tambien lo merecian; y viendo ésto, y la soberbia que nuevamente habia engendrado, no pudo sufrirlo Fr. Bartolomé, y acompañado con Alonso de Avila, capitan muy cuerdo, muy cristiano y muy valiente, se entró á él y le reprehendió

con libertad y espíritu muy cristiano, afeándole todo lo que hacia, y diciéndole lo que le pareció convenia decirle, así cerca de repartir los honores y premios entre los españoles, y la justicia distributiva que en ésto debía observar; como en reprimirle los espíritus vanos y soberbios, y que hablase bien de Montezuma en ausencia por que de lo que hacia y hablaba se podia seguir más que indignar á los mexicanos y estorbarse el fin que se pretendia de la conquista de éste reino y la reduccion á nuestra santa fé católica de tantas almas.

Sosegado Cortés con éstas santas advertencias de Fr. Bartolomé, y viendo las dilaciones de Montezuma, que no acababa de resolverse en que México y su tierra estuviese pacífico, ántes se entendia que andaban en pláticas de levantarse todos los indios contra Cortés y matar á los españoles; pareció conveniete prender á Montezuma, como de hecho se hizo; tratándole con mucha cortesía y regalo. Pero luego que los mexicanos supieron que su Montezuma estaba preso, se alborotaron fieramente, y al punto levantaron por rey de México al Sr. de Iztapalapa, primo de Montezuma que se llamaba Coadlauaca, y por muerte de éste que fué muy breve, levantaron por rey á otro sobrino de Mon-

tezuma que se llamaba Guatimuz; y estando con el nuevo rey los indios muy encendidos en rabia, cercaron á Cortés y á los demás españoles en los aposentos adonde estaban y los pusieron en tanto aprieto, que tenian Cortés y los nuestros sobre sí más de cien mil mexicanos y estrecharon tanto nuestro ejército, que mataban muchos soldados y pegaron fuego á los palacios; entónces viéndose Cortés en tan peligroso estado envió al P. Fr. Bartolomé de Olmedo á Montezuma, para que le hablase y persuadiese, á que se asomase á una ventana y mandáse á los indios que se sosegasen, que con eso se iria Cortés de México, y los dejaría quietos; mucho trabajó Fr. Bartolomé en esta demanda, pero su prudencia y cordura lo negoció de manera, que aunque de mala gana (por que ya estaba Montezuma muy indignado con Cortés) se hubo de asomar á la ventana, para dar á entender á los indios que estaba vivo y quería que se apaciguasen; y así que se asomó estaban los indios tan sumamente rabiosos que tiraron un flechazo y dos pedradas que le dieron en la cabeza á Montezuma y le deribarón muy mal herido.

Sintió grandemente Cortés la desgracia de Montezuma por que todo ésto era presagio del daño que á él le amenazaba; visitóle algunas ve-

ces consolándolo y procurando satisfacerle, no tener él la culpa de aquel suceso, sino la soberbia de sus mismos indios; y viéndolo tan mal herido, le puso por guarda y compañía à Fr. Bartolomé de Olmedo, y algunos soldados, éstos para que le asistiesen y cuidasen de su persona, y aquel para que le consolase y procurase reducir al gremio de nuestra Madre la Santa Iglesia, bautizándose y abrazando nuestra santa fé católica, quedó siempre Fr. Bartolomé à su cabecera sin faltar de su lado hablándole siempre en órden à que ya que se veía tan peligrosa la salud de su cuerpo, que no permitiese se perdiera la del alma, y para ello usaba cuantos medios le dictaba su santo zelo: ya le proponía los horrorosos espantos del infierno; ya las suaves esperanzas de la gloria, trayéndole varios ejemplos de lo uno y lo otro, en las formas y lenguaje que el Montezuma podía entenderlo y hacerse más capáz de todo, tanto que muchas veces le obligó à enternecerse y à verter muchas lágrimas. Afijíase el santo religioso, de ver que ésto se le pasaría muy presto à Montezuma, y que volvería luego á los sentimientos con que estaba de ver que se moría desposeído de tantos reinos como había mandado y gobernado en los diez y siete años que había reinado; y quejába-

se agriamente de Cortés que lo había engañado, pedía venganza al cielo de los vasallos que se le habían revelado, y habían favorecido à Cortés: todo lo cual era muy duro y terrible para introducir en él la creencia de nuestra fé y darle el agua del bautismo; y fué tanto lo que trabajó Fr. Bartolomé en catequizarle y quitar de él estas pasiones para bautizarle, que le pudo costar la vida.

Varias son las opiniones que traen algunos autores sobre si se bautizó el emperador Montezuma; y se ponen aquí brevemente, porque en lo uno y otro obró Fr. Bartolomé como varon apostólico, pues si se bautizó, es cierto que lo bautizó Fr. Bartolomé de Olmedo; y si no se bautizó (que es lo más cierto,) no hay quien dude que no fué por descuido de Fr. Bartolomé, y que en persuadirlo obraría con el zelo santo que acostumbraba. Diego Muñoz Camargo, en su memorial de la descripción de Tlaxcala, dice que oyó à muchos de los conquistadores que conoció y comunicó, que estando ya para morir pidió el agua del bautismo, y que fué bautizado cristiano, y que fueron sus padrinos Fernando Cortés, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olíd. Esta opinion es muy piadosa y fuera de la verdad que escriben los autores más fidedig-

nos, como Bernal Diaz del Castillo y Antonio de Herrera en su historia de las Indias, y Fr. Juan de Torquemada, en su Monarquía Indiana, libro IV, capítulo 70, párrafo 20, lo pone en duda como se verá despues, y parece que no pudo suceder como lo refiere Camargo, por que si fuera verdad, se preciaría de ello Fernando Cortés, y con ésto hubiera sido caso muy público y sabido, y no se le hubiera ido por alto á nuestro verídico autor y testigo de vista de todo, Bernal Diaz, que sin duda lo refiriera; mayormente habiendo escrito Gomara que pidió Montezuma el bautismo por las carnestolendas de aquel año, y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requiere tan alto sacramento y tan poderoso Príncipe; y añade luego; "aunque mejor fuera no alargarlo, mas como vino Pánfilo de Narvaez, no se pudo hacer, y despues de herido, olvidóse con la prisa del pelear." En todo escribió éste autor, ó muy mal informado ó muy antojadizo, y así le refuta tantas veces Bernal Diaz; y se conoce bien claro en éste caso, porque si lo primero que hacian Cortés y Fr. Bartolomé á cualquiera pueblo donde llegaban, era procurar quitar la abominacion de los ídolos, poner altar con la imágen de la santa Cruz y de la Virgen Santí-

sima y luego bautizar indios, é introducirlos á nuestra santa fé, ¿quién se persuadirá á que no solicitasen lo propio estando en México y teniendo en la mano un pájaro de tanta suposicion, como el emperador soberano de éste reino, el gran Montezuma? con quien solicitaron tan vivamente la abolicion de sus ídolos, que no se pudo conseguir, como queda ya referido, y habiendo negociado con él, que dejase hacer una ermita ú oratorio para que se dijese misa y se celebrasen los oficios divinos; pues ¿será creible que alguna vez pidiese Montezuma el bautismo y no se le diese al instante? Sólo el cronista Gomarra se pudo persuadir á ello, en que erró como en todo lo demás que escribe en su historia.

El P. Fr. Juan de Torquemada lo escribe más verídico, diciendo en el capítulo citado, que estando herido de las pedradas Montezuma, iba cada dia creciendo más el accidente, y empeorando la herida, porque no se quiso jamás curar de ella, y viendo que le faltaban las fuerzas, mandó llamar con gran prisa á Cortés, y sentado en la cama arrimado á los cojines con muchas lágrimas, tomándole por las manos, le dijo que no sabia por dónde comenzar, que él era Montezuma á quien tanto habia porfiado de visitar

y aquel á quien tanto en el mundo habian reverenciado, que, qué desgracia habia sido la suya, que él no se alzó con reino ageno, que habia hecho justicia, conquistado muchos reinos, hecho muchas mercedes; y que aquellos que no le osaban mirar, se hubiesen atrevido contra su Rey, diciendo palabras que no se dijeran á un esclavo, apedreando la persona Real, y que el corazon se le hacia pedazos y acababa la vida con gran rãbia, y que quisiera mucho ver el castigo de aquellos, pero que ya no habia remedio, y que más le acababa el enojo que la herida, y le rogaba que pues moria por su causa, tuviese cuidado de sus hijos, y castigase á los que le habian afrentado y al que se le habia alzado con su reino. No pudo Cortés dejar de enternecerse mucho con estas razones, y tomándole las manos le suplicó, que no se aflijiese, que haría lo que le mandaba, como si el Rey su señor se lo ordenara, que habia hecho mal en no dejarse curar, y que le daba palabra de mirar por sus hijos, y vengarle muy bien. Con estas y otras muchas razones que le dijo Cortés, quedó muy consolado, y por ir á ver lo que pasaba en la batalla se despidió de él. Volvió á verlo otro dia, que le dijeron que estaba muy malo, y hallóle muy angustiado, dijole que pues se habia con-

certado, que se bautizase que lo hiciese y salvarse el alma, que allí estaba Fr. Bartolomé de Olmedo que lo haría. Respondió, que por media hora que le quedaba de vida no se quería apartar de la religion de sus padres, y luego murió en presencia de algunos señores que estaban presos con él, á los cuales encomendó á sus hijos, y la venganza que deseó hasta el último punto. Jamás consintió paño ni cosa sobre la herida, y si se los ponian, muy enojado se los quitaba deseándose la muerte; ésto es lo que refiere Torquemada, y es lo comun que corre entre los autores verídicos, de la muerte de gran monarca Montezuma. Y se conoce de ésto, y de lo que refiere Bernal Diaz no haberse bautizado; pero tambien se conoce del zelo y piedad de Fr. Bartolomé, las diligencias que haría, y el conato que pondría en persuadir á Montezuma á que se bautizase y salvase su alma: pero no sería la voluntad de Dios que se consiguiese, por sus justos é inescrutables juicios, á que siempre nos debemos conformar.